

IN VINO VERITAS

El hueso de la carrera era Derecho Romano, casi nadie era capaz de aprobarlo. Asignatura, ésta, que impartía el doctor en ciencias jurídicas Don Ramiro Burguillos del Valle con el talante despótico de un Emperador. La leyenda universitaria cifraba en decenas los casos de estudiantes que no habían podido licenciarse por tener *romano* aún pendiente desde hacía años y eran multitud aquellos que migraban de universidad y acababan la carrera en otras Facultades con tal de eludir aquel escollo.

Ciertamente, las clases eran un peñazo; ya saben, manumisiones de siervos y demás leyes arcaicas. Don Ramiro nos torturaba, con especial saña, con la parte del temario dedicada al Derecho de familia. Recuerdo al catedrático describirnos con voz extasiada el haz de facultades que detentaba el *Pater familias* sobre su mujer, hijos y esclavos.

Yo, por aquel entonces, trabajaba, para poder pagarme la carrera, como conductor nocturno de ambulancias, así que arrastraba un sueño mal curado durante mis horas de vigilia, somnolencia que se incrementaba durante las clases magistrales vespertinas; por lo que una tarde ocurrió lo inevitable: me quedé dormido. Me despertó la voz campanuda de Don Ramiro.

-¡Usted, bello durmiente! Coja sus bártulos y máchese, no profane más esta aula magna. Y ahórrese venir en junio y en septiembre. No le aprobaré jamás.

La cabezadita me había costado la carrera. Dos semanas después, una noche de marzo, coincidiendo con los *idus*, acudí con mi ambulancia, a pedido de la policía municipal, a atender un caso de borrachera. Ros, el sargento de la Urbana al mando, era un viejo conocido mío, habíamos coincidido en varias emergencias.

-¿Qué tenemos –le pregunté al sargento-, un coma etílico?

-No, está como una cuba pero consciente. Su mujer le ha pegado una paliza y le ha echado de casa, después se ha emborrachado. Harías bien en llevarlo al hospital y que le hicieran un reconocimiento.

Cuál fue mi sorpresa al encontrarme en tal lastimoso estado a ¡Don Ramiro! Ni siquiera me reconoció, tal era su grado embriaguez. Al hosco, severo y rígido catedrático, el alcohol le había dejado la lengua suelta y absuelta, aunque estropajosa; así que, sentado en un bordillo de la acera, me narró, con toda generosidad de detalles sonrojantes, su vida privada de señor cornudo y apaleado. Discurso que me farfulló por espacio de más de media hora y que el sargento tan sólo osó interrumpir para preguntarle acerca de los licores que había ingerido, obteniendo la respuesta ofendida de Don Ramiro, que él sólo se emborrachaba con vino porque... *in vino veritas, in aqua sanitas*.

-¡Menuda cogorza lleva el profesor! –exclamó Ros carcajeándose-. Yo, cuando quiero entonarme prefiero los licores con graduación. El vino es para tomar en la mesa o para la copa tranquila. El vino es otra cosa, no es una bebida alcohólica más, emborracharse con vino es un sacrilegio. El buen vino es oro fino –concluyó el municipal, que al parecer compartía con el catedrático su gusto por la sentencia.

Asentí a las palabras dichas por el sargento aunque mi mente se empleaba en otras reflexiones. Diversas emociones me sacudían mientras contemplaba la escena sórdida: goce malévolo, indignación, conmiseración... Casi no podía creerlo. El tirano, el ogro, el sátrapa universitario, se me revelaba como un ser patético que se resarcía de su vida de pelele doméstico amargando la de los estudiantes que nos hallábamos sometidos a su férula.

A la semana del incidente acudí al despacho de Don Ramiro, quien no recordaba que le había atendido y que se sorprendió al verme:

-¿Acaso no le dije a usted que estaba suspendido?

-Sí, yo lo sé, pero es que pensaba colgar un vídeo en *You Tube* y quería saber antes su opinión –dije, mostrándole mi móvil en el que se reproducía la grabación de sus confesiones éticas (¡benditos aparatos!).

Don Ramiro empalideció:

-Me imagino que..., que..., querrá que le apruebe.

-No le va a salir tan barato, querido profesor. Me ha de aprobar a mí y a todos a los que ha suspendido injustamente.

Antes de salir del despacho no pude evitar lanzarle una pregunta al catedrático:

-¿Por qué sigue con su mujer? No le ama.

-La que tiene dinero es ella. Yo era un estudiante pobretón cuando me conoció en la Facultad –confesó bajando la cabeza.

Aquel curso hubo un aprobado general de Derecho Romano.

Años más tarde, cuando ya ejercía de abogado, me tropecé con Don Ramiro disfrazado de patricio en la recreación histórica de un mercado romano. Me reconoció y me propinó un abrazo efusivo. Se mostraba radiante, cálido, extrovertido. Me presentó a Lidia, su nueva pareja, una profesora de historia antigua. Había abandonado la docencia y trabajaba en una empresa de enoturismo haciendo de guía turístico y explicando cómo cultivaban la vid los romanos. Me contó que mi chantaje le hizo replantearse su vida y que, tras los cambios que llevó a cabo, ahora se sentía feliz. Me alegré por él y por mí – eso de aprobar *romano* recurriendo a un chantaje era un aspecto de mi biografía que me punzaba-, por lo que al escuchar todo aquello, también yo me sentí de algún modo liberado. Don Ramiro y un servidor nos pasamos la tarde bromeando y recordando anécdotas y personas de nuestra época universitaria.

Llegó el momento de despedirnos. Agonizaba la tarde desplegando su manto de nubes escarlatas y Don Ramiro, ataviado con su toga, parecía en aquella hora más que nunca un genuino patricio:

-Gracias –me dijo.

-¿Gracias por qué?

-Gracias por todo. *In vino veritas.*

Héctor Daniel Olivera